

Comunidad eclesial y opinión pública

José M^a Castillo*

Resistencia a la opinión pública

En un documento, citado muchas veces, el papa Pio X dijo: "En la sola jerarquía residen el derecho y la autoridad necesaria para promover y dirigir a todos los miembros hacia el fin de la sociedad. En cuanto a la multitud, no tiene otro derecho que el de dejarse conducir y, dócilmente, el de seguir a sus pastores"¹. Como es lógico, para un papa que pensaba de esta manera, la opinión pública no sólo no tenía importancia alguna en la Iglesia, sino que además tenía que ser vista como un obstáculo, quizá el mayor obstáculo, para el buen funcionamiento de la comunidad eclesial.

Casi medio siglo más tarde, el 13 de febrero de 1950, Pio XII les decía a los participantes en el III Congreso Internacional de la Prensa Católica: "Para acabar, queremos decir una palabra sobre la opinión pública en el seno de la Iglesia (desde luego, en las cosas que son objeto de libre discusión). De esto se extrañarán los que no conozcan o conozcan mal a la Iglesia católica. Porque al fin y al cabo ella es un cuerpo viviente y *faltaría algo a su vida si la opinión pública estuviera ausente de ella*, ausencia cuya responsabilidad recaería sobre los Pastores y sobre los fieles"². Como es lógico, al leer este texto de Pio XII, se tiene la impresión de que, en

1. Enc. Vehementer Nos (11. II. 1906): ASS 39 (1906) 8-9.
2. AAS 42 (1950) 256. Cf. J. Piquer, *La opinión pública en la Iglesia*, Barcelona - Estela, 1965, 2.

* Profesor de Teología eología.

menos de cincuenta años, la mentalidad eclesiástica había cambiado casi radicalmente en un asunto de tanta importancia como el que aquí estamos tratando. Y sin embargo, la realidad era muy distinta. En septiembre de 1956, el conocido teólogo Y. Congar escribía a su anciana madre una carta terrible en la que, entre otras cosas, le decía: "El papa actual (Pío XII), sobre todo a partir de 1950, ha desarrollado hasta la manía un régimen paternalista consistente en que él, y solamente él, dice al mundo y a cada uno lo que hay que pensar y cómo hay que portarse. El papa quiere reducir a los teólogos a comentaristas de sus discursos y, sobre todo, a que no tengan le veleidad de pensar algo o de emprender algo al margen de este comentario"³. Estas palabras de Congar son elocuentes por sí solas. Si en tiempos de Pío XII, los teólogos no tenían prácticamente otro papel que el de comentaristas de los discursos del papa, ¿qué sentido podía tener en aquel tiempo la opinión pública, es decir, la opinión de los que no son profesionales del saber teológico en la Iglesia?

Es verdad que el concilio Vaticano II quiso dar un giro eficaz a este estado de cosas. No sólo en el decreto sobre los medios de comunicación social, en el que se hace mención expresa de la "opinión pública" (IM 8), sino sobre todo en la constitución dogmática sobre la Iglesia en la que, a partir de la teología del "pueblo de Dios", se les dice a los obispos: "Los sagrados pastores, por su parte, reconozcan y promuevan la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Hagan uso gustosamente de sus prudentes consejos, encárguenles, con confianza, tareas en servicio de la Iglesia, y déjenles libertad y espacio para actuar, e incluso dénles ánimo para que ellos, espontáneamente, asuman tareas propias. Consideren, atentamente en Cristo, con amor de padres, las iniciativas, las peticiones y los deseos propuestos por los laicos. Y reconozcan cumplidamente los pastores la justa libertad que a todos compete dentro de la sociedad temporal" (LG 37, 3). Estas ideas, desde otro punto de vista, se repiten en la constitución sobre la Iglesia en el mundo actual donde se llega a decir: "Más aún, la Iglesia confiesa que le han sido de mucho provecho y le pueden ser todavía de utilidad la oposición y aun la persecución de sus contrarios" (GS 44,3). Es evidente que una Iglesia que dice estas cosas en serio, y no como simple retórica, es una Iglesia que está dispuesta a aceptar la opinión pública, es decir, la opinión y los puntos de vista, no sólo de los que se identifican con la insti-

3. Y. Congar, *Journal d'un théologien, 1946-1956*, édit. par É. Fouilloux, Paris - Cerf, 2000, 425.

tución eclesiástica, sino incluso de los que la atacan o simplemente no están de acuerdo con la manera de pensar y proceder del papa y los obispos.

Pero en realidad, ¿qué ha ocurrido? ¿se puede decir, con objetividad, que las autoridades eclesiásticas mantienen actualmente una relación positiva y fluida con la "opinión pública" y sus principales gestores y canales de difusión, *los medios de comunicación social*? ¿existe una razonable receptividad por parte de los obispos en cuanto a lo que se piensa y se dice de ellos en la calle, en los periódicos, en los programas de televisión, etc? ¿se nota en los "hombres de Iglesia" una disposición a aceptar gustosamente las críticas que se hacen de ellos, para asumir la verdad que muchas veces contienen esas críticas?

Cualquier persona, que piense razonablemente, estará de acuerdo en que no es un despropósito hacerse estas preguntas ahora precisamente, en este largo final de pontificado, en el que la Iglesia está tan presente en la opinión pública, entre otras razones, porque raro es el día en el que no sale a relucir en los *media* alguna noticia, alguna imagen o algún comentario que (para bien o para mal) da mucho que hablar. Como también sabemos que es frecuente oír las reacciones de los portavoces eclesiásticos que culpan a los gestores y difusores de opinión pública de falta de amor a la verdad o incluso de poca honestidad profesional.

¿Qué está pasando? Por supuesto, lo primero que se le ocurre a cualquiera es que no le faltaba razón al actual cardenal J. Ratzinger cuando, poco después del concilio Vaticano II, escribía: "¿No ha intentado la Iglesia, en el movimiento que se hizo particularmente claro desde Pio IX, salirse del mundo para construirse su propio mundillo aparte, quitándose así en gran medida la posibilidad de ser sal de la tierra y luz del mundo? El amurallamiento del propio mundillo, que ya ha durado bastante, no puede salvar a la Iglesia.... 'Afuera', delante de las puertas custodiadas de la ciudad y del santuario, está el lugar de la Iglesia que quiera seguir al Señor crucificado"⁴.

«El amurallamiento del propio mundillo, que ya ha durado bastante, no puede salvar a la Iglesia...» (Card. Ratzinger, 1972)

Pero, antes de seguir adelante, conviene hacer una advertencia importante. Sería una equivocación explicar las dificultades, que tiene la Iglesia con la opinión pública, a partir de una interpretación "moralizante", como si todo el problema estuviera en la mala

4. J. Ratzinger, *El nuevo pueblo de Dios*, Barcelona - Herder, 1972, 307

voluntad de los clérigos. Por supuesto, la buena o mala voluntad de las personas puede influir en esto, como en casi todas las situaciones problemáticas que se nos presentan en la vida. Pero, sin duda alguna, la raíz del problema, que aquí se trata de analizar, no está en un asunto de índole *moral*, sino de orden *estructural*. Se trata de que la estructura eclesiástica está organizada de tal manera que, para mantener ese tipo de organización estructural, los dirigentes eclesiásticos no tienen más remedio que adoptar comportamientos ambiguos, oscuros o hasta contradictorios con relación a lo que se suele denominar la "opinión pública". Lo cual quiere decir

Una Iglesia que no puede mantener una relación transparente con la opinión pública es una Iglesia que ni puede ser coherente consigo misma, ni tampoco puede realizar debidamente su misión en este mundo

que, mientras la estructura eclesiástica siga estando organizada como de hecho lo está en la actualidad, la relación de la Iglesia con la opinión pública será problemática y conflictiva. Y eso, a su vez, significa algo que es lo más preocupante: *una Iglesia que no puede mantener una relación transpa-*

rente con la opinión pública es una Iglesia que ni puede ser coherente consigo misma, ni tampoco puede realizar debidamente su misión en este mundo.

Síntomas preocupantes

En los ambientes eclesiásticos ocurren cosas, en relación a la opinión pública, que llaman la atención. Ante todo, es un hecho que, en casi todas las instituciones eclesiásticas y a la mayor parte de sus responsables, preocupa más la *notoriedad* que la *gravedad* de las cosas que pasan en el "mundillo eclesiástico". Todo el mundo tiene en su cabeza ejemplos recientes que no necesitan comentario. En Estados Unidos, ha habido obispos que han pagado cantidades astronómicas de dinero para que los repetidos delitos que han cometido los curas pederastas no trascendieran a la opinión pública. En España, las inversiones eclesiásticas en Gesca Cartera han empezado a ser un problema cuando se han sabido, no cuando se dedicaron esas sumas de dinero a procedimientos de especulación financiera que han resultado escandalosos. Y sin tener que recurrir a ejemplos tan notorios, en cualquier convento o en la parroquia que sea, lo que le quita el sueño al superior o al párroco es que ciertas cosas *se conozcan*, no que esas cosas *se hagan*. De ahí que el problema más preocupante, que tienen muchos superiores religiosos, no es que sus súbditos piensen como

piensan o vivan como viven. El problema que tienen muchos obispos y superiores está en que se sepa, o sea que trascienda a la opinión pública, lo que piensan o lo que hacen los eclesiásticos que no se ajustan exactamente al modelo oficial establecido.

Como es lógico, todo esto supone que la Iglesia tiene muchas cosas que callar y bastante más que ocultar. Lo cual quiere decir que esta Iglesia, tal como funciona, no puede ser transparente. Y por tanto, tampoco puede ser cabalmente sincera. De donde resulta que las relaciones entre la institución eclesiástica y la opinión pública tienen que resultar muchas veces conflictivas o, por lo menos, problemáticas.

Ahora bien, todo esto quiere decir, por lo pronto, una cosa que es evidente: la Iglesia está organizada de manera que, de hecho, en ella interesa más el *parecer* que el *ser*. Y esto es tan determinante que, por aparecer ante la opinión pública como a ella le conviene, muchas veces no tiene inconveniente en deformar su ser mismo. De ahí, la contradicción que la gente advierte entre la Iglesia, *tal como es* según sus enseñanzas doctrinales, y la Iglesia, *tal como aparece* según la imagen que ofrece ante la opinión pública. El problema de fondo está en que el ser de la Iglesia (sea cual sea la eclesiología que cada uno defienda) tiene que estar de acuerdo con el Evangelio y, más en el fondo, con la vida y la enseñanza de Jesús el Señor. Pero esta Iglesia que, por una parte anuncia su ser de esa manera, por otro lado se empeña en aparecer ante el mundo como una gran institución, poderosa, influyente y dominante, como una monarquía absoluta, poseedora de una verdad indiscutible, y hasta con una figura exterior de grandeza, pompa y aparato, es decir, con cosas que nada tienen que ver con ese Jesús y ese Evangelio que están en la raíz misma del ser que la misma Iglesia anuncia como su fundamento y su razón de ser. Como es lógico, todo esto nos está diciendo que los comportamientos de la Iglesia ante la opinión pública ponen al descubierto la contradicción que la institución eclesiástica vive y lleva en sí misma. Porque un colectivo, en el que se advierten muestras evidentes de que interesa más la apariencia que el ser, es (*de facto*, y sean cuales sean las intenciones de cada uno) un grupo humano que asume, como pauta de conducta, la hipocresía de los fariseos, en lugar de querer vivir la transparencia y la sinceridad de Jesús.

Aquí interesa sumamente comprender que el ser de la Iglesia está inevitablemente determinado por la imagen pública que la Iglesia ofrece de sí misma ante la opinión de la gente. En este punto, el concilio Vaticano II fue lúcido y muy claro. En la Iglesia, lo visible y lo invisible, lo humano y lo divino, están tan unidos lo uno

a lo otro como en Cristo mismo el misterio de Dios y la imagen pobre y perseguida de aquel hombre que fue Jesús de Nazaret son enteramente inseparables. Tal es el sentido del número 8 de la constitución dogmática *Lumen Gentium*. Dios se pudo revelar de muchas maneras. Pero en Jesús se dio a conocer en un hombre sencillo y humilde, que nunca quiso aparecer como un notable de este mundo. Y es decisivo tener muy claro que esa imagen pública de aquel humilde judío de Galilea es constitutiva de la revelación de Dios, tal como ese Dios se nos quiso dar a conocer. Pues bien, esto supuesto, el texto del Concilio añade: "así la Iglesia, aunque el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación también con su ejemplo" (LG 8, 4). Por eso hay que decir, con claridad y firmeza, que la imagen que la Iglesia ofrece ante la opinión pública no es una cosa secundaria y sin importancia. Todo lo contrario. Lo que la gente ve y palpa en la Iglesia, lo que a la opinión pública se le mete por los ojos, eso es constitutivo del ser mismo de la Iglesia. En este sentido, he dicho

La Iglesia deforma su ser mismo cuando se empeña en aparecer con una imagen pública que poco o nada tiene que ver con la imagen que ofrecía aquel humilde y sencillo Jesús del Evangelio

antes que la Iglesia deforma su ser mismo cuando se empeña en aparecer con una imagen pública que poco o nada tiene que ver con la imagen que ofrecía aquel humilde y sencillo Jesús del Evangelio. Por eso también muchas veces resulta inevitable preguntarse qué tiene que ver la grandiosidad de nuestras catedrales, la solemnidad de nuestras liturgias, la pomposidad de las vestimentas, los palacios y todo el solemne tinglado eclesiástico con el ser profundo y auténtico de la Iglesia, si es que efectivamente esta Iglesia quiere sinceramente ser sacramento visible y tangible de aquel Jesús y de aquel Evangelio en donde tiene su origen y su fundamento.

La Iglesia deforma su ser mismo cuando se empeña en aparecer con una imagen pública que poco o nada tiene que ver con la imagen que ofrecía aquel humilde y sencillo Jesús del Evangelio

El fondo del problema

Lo que he dicho hasta ahora no son nada más que síntomas de un problema más de fondo. Me refiero al problema de la fe (y de la verdad de la fe) en la Iglesia. El concilio Vaticano II afirma que el sujeto primero y fundamental de la infalibilidad de la fe es el conjunto de todos los creyentes: "La universalidad de los fieles, que tiene la unción del Santo (cf. 1 Jn 2, 20 y 27) no puede fallar en su creencia" (*Universitas fidelium.... in credendo falli nequit*) (LG 2, 1). El

Concilio dice esto antes de hablar de la Jerarquía y de las prerrogativas del papa. A juicio, por tanto, del Vaticano II, la primera garantía que tenemos de permanecer en la verdad de la fe es coincidir con las creencias y las convicciones del conjunto de los fieles. Aquellas cuestiones en las que la "la universalidad de los fieles" tiene puesta su creencia, ahí está la primera y fundamental infalibilidad de la Iglesia.

Ahora bien, hablar de las creencias y convicciones de la "universalidad de los fieles" es hablar de la "opinión pública" en *asuntos de fe*. Hago notar que estoy hablando de "asuntos de fe", no de cuestiones políticas, económicas o administrativas. Y, menos aún, de "intereses eclesiásticos", que pueden ser muy respetables, pero que no entran (ni pueden entrar) en el cuerpo de la fe. Digo esto porque, como es bien sabido, con frecuencia la opinión pública está demasiado manipulada por los *media* y por los intereses económicos y políticos de quienes tienen en sus manos el poder de la información. Por supuesto, todo eso puede influir en la fe de la gente. Pero también es cierto que cuando la "generalidad de los fieles" (la *universitas fidelium*) coincide en cosas muy fundamentales, ahí tenemos un contenido infalible de la fe de la Iglesia. De ahí la necesidad de que la autoridad eclesiástica esté siempre atenta a la fe del pueblo cristiano, la fe de la *universitas fidelium*. Y, en ese sentido, la necesidad de que la autoridad eclesiástica esté atenta a la opinión pública en asuntos de fe.

Sin embargo, es un hecho que la autoridad eclesiástica, el papa y los obispos, proceden (con frecuencia) como si fueran ellos los únicos sujetos que poseen la verdad de la fe. Y los que tienen que imponer esa verdad de la fe al resto de los mortales. De donde resulta que a la Jerarquía eclesiástica le interesa la opinión pública *para detectar los errores que hay que corregir, no para aprender lo mucho que la autoridad religiosa tiene que aprender de la fe del pueblo*.

La consecuencia que se sigue de lo dicho es lo que estamos viendo todos los días: los obispos (empezando por el obispo de Roma) se ven a sí mismos como los vigilantes de la fe de los demás. En lo cual tienen razón. Pero difícilmente se ven a sí mismos como los que tienen que aprender de los demás, los que tienen que escuchar y estar atentos precisamente a la opinión pública. Porque en esa opinión se manifiesta nada menos que la verdad de la fe, la infalibilidad de la fe. Esto es algo que no cabe en la cabeza de hombres que han sido formados para imponer lo que ellos piensan, para corregir a los que no ven las cosas como ellos las ven y, si es necesario, para castigar a los disidentes. Es evidente que esta manera de plantear el conocimiento de las cosas de la fe no coincide con las palabras de Jesús: "Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has

escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla" (Mt 11, 23 par). No parece un despropósito decir que la opinión de la gente sencilla representa la opinión pública, mientras que los sabios y entendidos son los que se creen con derecho y autoridad para imponer a los sencillos lo que ellos, como "sabios y entendidos", en realidad no saben.

Por todo esto se comprende que la fe oficial de la Iglesia está más determinada por los intereses del poder eclesiástico que por los grandes problemas que a diario se plantean a la opinión pública. De ahí que, con tanta frecuencia, las creencias eclesiásticas y hasta el lenguaje de los "hombres de Iglesia" resulten tan distantes de la vida real de la gente y de los problemas que vive la sociedad. En bastantes ambientes eclesiásticos se tiene hoy la convicción de que la Iglesia no conecta con la cultura actual, con la mentalidad de nuestro tiempo, sobre todo con la manera de pensar y de vivir de las generaciones jóvenes. Tal convicción no está lejos de la realidad. Y a veces se tiene la impresión de que este divorcio entre opinión pública y opinión eclesiástica se acentúa más y más. Por eso no les falta razón a los que se lamentan de que el saber eclesiástico y teológico es un saber cada día más bloqueado, más ensimismado en sus problemas domésticos, mientras que la dificultad para conectar con la gente normal se hace cada día más insuperable.

En el fondo, todo esto significa *incomunicación*. La "Buena Noticia" de Jesús ha sido monopolizada por instancias de poder, más preocupadas por sus intereses que por conectar con el sufrimiento de la gente, con los problemas de la vida cotidiana de los ciudadanos y, sobre todo, por dar respuesta a esos problemas. Yo no creo que, en todo esto, se pueda hablar de mala fe de nadie, ni siquiera de incompetencia. Se trata, más bien, del sistema organizativo eclesiástico que está poniendo en evidencia su inadecuación con el Evangelio, su distancia del pueblo cristiano, su alejamiento de la cultura de nuestro tiempo y, sobre todo, su incapacidad para servir de canal de transmisión del mensaje de Jesucristo en el tiempo presente. Esto es, seguramente, lo más grave que se puede (y se tiene que) decir de lo que actualmente está sucediendo en la Iglesia. Y lo peor del caso es que quienes son responsables de que todo esto suceda (hablo de los "hombres de la religión", entre los que naturalmente me incluyo) no son conscientes de lo que están haciendo. Dicho más claramente, nuestras preocupaciones "religiosas" nos han cegado, hasta impedirnos ver lo evidente. Y lo evidente es que estamos más al servicio de la institución eclesiástica y sus intereses que al servicio del Evangelio y de las gentes que peor lo pasan en este mundo. Seguramente, en esto radica una de

la cuestiones más sombrías que ha puesto en evidencia la complicada relación entre la Iglesia y la opinión pública.

En última instancia, lo que todo esto nos viene a demostrar es que en la Iglesia se ha elaborado una abundante *teología del Magisterio*, pero carecemos por completo de una *teología de la opinión pública*. Lo cual, por lo demás, resulta comprensible. Porque, como es bien sabido, la teología ha sido hecha por los hombres del Magisterio, no por la gente de la calle, las multitudes que son los sujetos activos y portadores de la opinión pública. Este estado de cosas sería perfectamente razonable en una institución humana, simplemente humana, como por ejemplo una universidad. Es evidente que, en una universidad, los conocimientos los tienen y los imparten quienes los poseen, es decir, los profesionales del saber universitario, o sea los profesores, los doctores, los especialistas. Esto es claro y nadie lo va a poner en duda. Pero, en el caso de la Iglesia, el problema es completamente distinto. Porque, ¿quiénes son los "profesionales del saber de la fe? Si tomamos en serio el Evangelio, los verdaderamente entendidos en los asuntos de Dios son los sencillos, los que literalmente no tienen nada que decir (nepioi, según el texto evangélico de Mt 11, 23)) en este mundo. Esas gentes, que son el gran sujeto de la opinión pública, tienen mucho que decir y, por tanto, mucho que enseñar en la comunidad de los cristianos.

Estamos más al servicio de la institución eclesial y sus intereses que al servicio del Evangelio y de las gentes que peor lo pasan en este mundo

Sin duda alguna, aquí es donde encontramos una de las grandes lagunas de la teología oficial de la Iglesia. Con lo cual quiero decir que tenemos una teología incompleta o quizá mutilada. Porque una teología en la el pueblo creyente no puede tomar la palabra y, por tanto, no puede aportar la experiencia de la fe que le es propia, es una teología a la que le falta algo enteramente esencial y que no se puede suplir con ningún otro saber ni con ninguna otra instancia doctrinal.

Opinión pública y poder

Sean cuales sean las teorías que cada uno tenga sobre la razón de ser, la naturaleza y las consecuencias que se siguen de la opinión pública, el hecho es que hablar de opinión pública⁵ es hablar de un instrumento de poder, que es cada día más decisivo en la

5. Una buena exposición de estas teorías, en A. Leiserson, «Opinión pública», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 7, 462-464.

estructuración y funcionamiento de la sociedad. De ahí el empeño creciente, que tienen todos los grupos de poder, por contar con el apoyo de la opinión pública y las refinadas técnicas de manipulación mediante las que cada grupo pretende orientar a la opinión de masas para que esté de su parte. Esto es evidente en el caso de los partidos políticos. Pero no es menos cierto en cuanto se refiere a los procedimientos que, con frecuencia, adoptan las instituciones religiosas. Por eso, la Iglesia suele buscar la más amplia difusión informativa a hechos, personas o situaciones que favorecen su imagen ante la opinión pública, como es el caso de las grandes concentraciones que concita la visita del papa a cualquier país, mientras que se ocultan celosamente cosas que dañarían la imagen pública de la Iglesia, como por ejemplo el complicado y, a veces, oscuro entramado de relaciones entre el Estado de la Ciudad del Vaticano y los poderes políticos y económicos que hoy mandan en el mundo.

Como es lógico, la primera consecuencia, que se sigue de lo dicho, es que la Iglesia representa un tema de notable importancia, para las instituciones de poder, a la hora de influir en la opinión pública. Y la Iglesia debe ser consciente de ello. Por eso, en el complejo mundo de los *media*, hay grupos que sistemáticamente defienden a la Iglesia, lo mismo que otros grupos sistemáticamente la atacan o, al menos, la desprestigian. Sería una ingenuidad casi infantil pensar que los que defienden a la Iglesia lo hacen sólo por motivaciones religiosas y con fines espirituales. Como sería igualmente ingenuo imaginarse que quienes atacan y desprestigian a la Iglesia son poco menos que instrumentos de Satanás al servicio de las fuerzas del mal. Ni lo uno ni lo otro. Porque unos y otros, sean cuales sean sus convicciones religiosas y sus comportamientos éticos, son sobre todo gestores de poderosos instrumentos que crean y modifican, para sus propios intereses, la opinión pública.

De esto se sigue una consecuencia importante. El centro de las preocupaciones de la Iglesia, en cuanto se refiere a la opinión

El centro de las preocupaciones de la Iglesia, en cuanto se refiere a la opinión pública, no debe ser nunca la imagen favorable o desfavorable que los *media* den de ella, sino a favor de quién están esos "medios"

pública, no debe ser nunca la imagen favorable o desfavorable que los *media* den de ella, sino a favor de quién están esos "medios". Quiero decir, si están a favor de los más desfavorecidos o, por el contrario, están de

parte de los más privilegiados en el conjunto del tejido social. Como es lógico, ningún periódico, ninguna emisora de radio o ninguna cadena de televisión dice, así por las claras, que está a favor

de los ricos o de los pobres. Pero es claro que la gente suele saber por dónde respira cada uno. Para decirlo de manera más concreta, es una cosa de dominio público que los medios de comunicación de derechas (ahora se les llama de centro) suelen ponerse de parte de la Iglesia y, en general, de los intereses eclesiásticos. Por el contrario, los medios que tienen un marcado sesgo hacia la izquierda, por eso mismo es frecuente que destaquen las noticias y los comentarios que erosionan la imagen pública de la Iglesia, sobre todo cuando se trata de sus jerarcas. Ahora bien, supuesto este modo de proceder de los agentes más determinantes en la configuración de la opinión pública, es lamentable que, con tanta frecuencia, la institución eclesiástica dé muestras de que le interesa más su imagen pública que la defensa de los intereses de la gente sencilla y, en general, los problemas que emanan de la defensa o atropello de los derechos de la vida.

En última instancia, lo que aquí está en juego es el problema del poder. En la medida en que la opinión pública es un poderoso instrumento de poder, en esa misma medida los dirigentes eclesiásticos pueden caer en la tentación de confundir los intereses del poder con los fines de la evangelización. Porque hay quienes están convencidos de que, cuanto mayor sea el poder de la Iglesia, más eficaz será su acción evangelizadora. Y lo más peligroso, en este caso, es que, cuando ése es el criterio determinante de la acción de la Iglesia, inevitablemente se entra en contradicción con el centro mismo del Evangelio. Porque Jesús no reveló a Dios ni realizó la salvación desde el poder, sino desde la debilidad (cf. 1 Cor 1, 18-31). Al decir esto, estamos tocando el fondo de todas las contradicciones que se dan en el sistema eclesiástico. Por eso las relaciones del poder clerical con los factores más determinantes de la opinión pública son, con frecuencia, confusas y problemáticas.

En la medida en que la opinión pública es un poderoso instrumento de poder, en esa misma medida los dirigentes eclesiásticos pueden caer en la tentación de confundir los intereses del poder con los fines de la evangelización

Opinión pública y democracia

Con frecuencia, los cristianos se quejan de que la toma de decisiones en la Iglesia no tiene en cuenta lo que piensan los fieles, y menos aún la gente en general, sobre el asunto que es objeto de una determinada decisión. De hecho, en la Iglesia ni siquiera existen cauces legales mediante los cuales los creyentes puedan mani-

festar sus puntos de vista, ya sea su acuerdo o su desacuerdo con lo que se enseña o se decide. Como es lógico, esto nos viene a decir que al papa y a los obispos no les preocupa y, según parece, tampoco les interesa gran cosa la opinión pública. Ellos deciden lo que, de acuerdo con sus criterios, ven que tienen que decidir. Y prescinden, por lo general, del parecer de la gente a la que se considera ignorante e incompetente para enseñar en asuntos de fe o para decidir en cuestiones de religión, de ética, de Iglesia, etc.

En el fondo, lo que todo esto viene a poner de manifiesto es la total carencia de democracia en la Iglesia. No voy a insistir más en este asunto del que tanto se ha escrito en los últimos tiempos. Sólo quiero indicar algo que me parece imprescindible. Cuando hablamos de democracia, es preciso distinguir que una cosa es el *origen* del poder y otra cosa es el *ejercicio* del poder. En su sentido original, democracia es aquella forma de gobierno en la que el origen del poder está en el pueblo y el pueblo delega en sus representantes para que ejerzan ese poder en el gobierno de la cosa pública. En este sentido, la Iglesia no es una democracia. Porque, en la Iglesia, el origen del poder no está en el pueblo, sino que proviene de Dios. Pero aquí es determinante tener siempre en cuenta que, cuando hablamos de democracia, no nos referimos primordialmente a las teorías sobre el origen del poder, sino a las cuestiones prácticas que se refieren al ejercicio del poder⁶.

Pues bien, planteada así la cuestión, sabemos que el poder se ejerció en la Iglesia democráticamente durante todo el primer milenio. El texto programático de aquel modo de ejercer el poder en la Iglesia es el que resume magistralmente san León Magno: "El que ha de presidir a todos debe ser elegido por todos"⁷. Resulta patente, en estas palabras de uno de los papas más destacados de aquellos siglos, el aprecio que la Jerarquía eclesiástica tenía de la opinión pública en aquel tiempo. Era un estilo de gobierno, una mentalidad y, sobre todo, una comprensión fundamental de la Iglesia. Isidoro de Sevilla resume perfectamente esta manera de entender a la comunidad eclesial: "Se designa propiamente Iglesia porque convoca en sí a todos y los congrega en la unidad"⁸. Era la Iglesia en la que todos se sentían activos y todos se veían como

6. J.M. Castillo, «Democratización de la Iglesia», en J.J. Tamayo (ed.), *Cristianismo y liberación. Homenaje a Casiano Floristán*, Madrid - Trotta, 1996, 129.

7. "Qui praefuturus est omnibus, ab omnibus eligatur". *Epist.* X, 6. PL 54, 634 A.

8. "Ecclesia vocatur proprie propter quod omnes ad se vocet et in unum congreget". *De eccl. off.* I, 1, 2. PL 83, 739-740; cf. *Etymol.* VIII, 1, 1. PL 82, 293 y 295. Cf. Y. Congar, *L'Éclésiologie du Haut Moyen-Age*, Paris - Cerf, 1968, 61.

responsables y participativos de la vida eclesial. Naturalmente, en una Iglesia así, la opinión pública era tenida en consideración y se tomaba en serio. Cirpiano de Cartago, el gran obispo de Cartago, lo dijo con claridad y hasta con atrevimiento: "Deseo estudiar en común con mis sacerdotes y diáconos lo concerniente al gobierno de la Iglesia y, después de haberlo examinado todos juntos, decidir con exactitud... pues me tracé como norma, desde el comienzo de mi episcopado, no decidir nada sin vuestro consejo y sin el sufragio del pueblo (*sine consensu plebis*), según mi opinión personal"⁹. Resulta evidente que, en una Iglesia que era administrada de acuerdo con este criterio, la opinión pública desempeñaba un papel determinante.

Como es bien sabido, este estado de cosas duró hasta el siglo XI, concretamente hasta la reforma de Gregorio VII. Por una serie de razones, que son bien conocidas y se encuentran descritas en cualquier tratado de eclesiología, a partir de la "reforma gregoriana", la *mística de la comunidad* fue sustituida por la *mística de la obediencia*: "Obedecer a Dios significa obedecer a la Iglesia, y esto, a su vez, significa obedecer al papa y viceversa"¹⁰. Desde entonces, el pueblo cristiano se quedó mudo en la Iglesia. Lo que es tanto como decir que, desde el siglo XI, la opinión pública en la Iglesia dejó de ser tenida en cuenta. A partir de aquel momento, la autoridad romana se apropia el derecho exclusivo y universal en cuanto concierne a la vigilancia de la fe. Más aún, Roma se atribuye el derecho de restringir la autoridad normal y ordinaria de los obispos, de manera que progresivamente el control ejercido por el papado sobre las iglesias locales, sus comunidades y sus pastores, se hace cada vez más y más pesado¹¹. Y lo más grave del asunto es que, en los siglos siguientes, este proceso de progresivo centralismo romano se ha ido acentuando. Hasta alcanzar su cima más alta en la escuela teológica romana, que marcó definitivamente la concepción del absolutismo papal. Por eso, el teólogo Perrone definía al cristianismo como un *systema auctoritatis*¹². Es decir, un sistema que todo gira en torno a la autoridad doctrinal y normativa del poder central, que no es otro que el poder del papa. Porque,

9. *Epist.* 14, 4. CSEL I, 512, 17-20. Cf. J. I. González Faus, *Hombres de la comunidad. Apuntes sobre el ministerio eclesial*, Santander - Sal Terrae, 1989, 104-105.

10. Y. Congar, «Der Platz des Papsttums in der Kirchenfrömmigkeit der Reformer des 11. Jahrhunderts», en J. Daniélou - H. Vorgrimler (eds.), *Sentire Ecclesiam. Das Bewusstsein von der Kirche als gestaltende Kraft der Frömmigkeit*, Freiburg 1961, 215.

11. Cf. M. Dortel-Claudot, *L'Eglise. Ses structures, son gouvernement. Évolution historique et situation actuelle*, Lyon - Faculté de Théologie, 1971, 32-34.

12. *Praelectiones Theologicae*, Barcelona 1858, I, 109, n. 3.

si en el cristianismo se admite la revelación, como hecho fundamental, de la misma manera hay que admitir el único medio cierto y seguro de conocer las verdades reveladas sin peligro de error. Y ese medio es la autoridad establecida por Dios en la Iglesia¹³. Definitivamente, la opinión pública no tenía por qué ser escuchada en esta Iglesia cuya verdad se ha identificado más y más con la verdad que enuncia un solo hombre en la tierra, el Romano Pontífice. La bóveda del sistema eclesiástico-romano quedó así cerrada. Bajo esa bóveda está el pueblo. Pero un pueblo sin voz y, por supuesto, sin voto.

Conclusión

La experiencia histórica de los últimos cincuenta años nos viene enseñando que la influencia, que ejerce la opinión pública en el conjunto de la sociedad, es cada día mayor. De ahí, el interés creciente de las grandes instituciones políticas y económicas por controlar y, si es necesario, manipular la opinión de masas para ponerla al servicio de los intereses particulares de cada grupo o incluso de determinados individuos. Sin duda alguna, la opinión pública es, en este momento, uno de los agentes de poder más determinantes en el control y orientación de la sociedad. Y se puede asegurar que, si las cosas no cambian de manera muy decisiva, el poder efectivo de la opinión pública será creciente en las próximas décadas. Así las cosas, la conclusión, que se sigue de lo dicho en este trabajo, se puede resumir en los siguientes puntos:

1. Si la estructura eclesiástica sigue manteniendo el sistema organizativo actual, la primera consecuencia, que de ello se va a

Una Iglesia (como cualquier otra institución) que se empeña en prescindir de la opinión pública, será cada día más y más una Iglesia centrada sí misma y, por tanto, desconectada del mundo en el que vive

seguir, es que la Iglesia se verá cada día más bloqueada en sí misma, en sus propios problemas y en sus propios intereses. Una Iglesia (como cualquier otra institución) que se empeña en prescindir de la

opinión pública, en cuanto se refiere a sus criterios doctrinales y a la toma de decisiones, será cada día más y más una Iglesia centrada sí misma y, por tanto, desconectada del mundo en el que vive. Y es importante caer en la cuenta de que esto ocurre incluso cuando la Iglesia concentra grandes masas de gente, como por

13. *Prael. Theol.*, I, 114, n. 18.

ejemplo, cuando el papa visita un país determinado o cuando se celebra un acto religioso de honda tradición popular. Las concentraciones de masas no significan necesariamente que la Iglesia conecte con las masas. Incluso puede ocurrir que la Iglesia, hablando (por boca de sus dirigentes) de los grandes problemas de la actualidad, esté casi por completo ausente de los problemas que de verdad preocupan a la gente. La experiencia nos enseña que esto ocurre con demasiada frecuencia. Lo cual se nota incluso en el lenguaje eclesiástico, el conocido lenguaje de sacristía que cada vez aleja más al común de los ciudadanos.

2. En la medida en que la Iglesia prescinde de la opinión pública, prescinde por eso mismo de una *dimensión fundamental de la fe cristiana*, la fe que está en el pueblo creyente, que es vivida por el pueblo cristiano y que no puede ser captada nada más que en la medida en que se sintoniza con el pueblo. Porque la fe de la gente se expresa, no sólo ni principalmente en sus actos específicamente "religiosos", sino sobre todo en la vida cotidiana, en los usos y costumbres de cada día, en lo que preocupa a la gente y en lo que la gente busca y espera.

3. la consecuencia más grave, que se sigue de todo lo dicho, es que una Iglesia que no toma en serio la opinión pública, en un determinado contexto cultural es una Iglesia que *no puede realizar debidamente su misión en el mundo*. Porque ni conecta con la fe del pueblo, ni se comunica realmente con ese pueblo. Una Iglesia, por tanto, que vive en esas condiciones es una Iglesia infiel a Dios, por más fidelidades que muestre a su propia tradición, a sus dogmas y normas legales y jurídicas.

4. La Iglesia sólo puede conectar con la opinión pública y, por tanto, cumplir con su misión en el mundo, si se decide seriamente a *devolver al conjunto del "pueblo de Dios" la participación y la corresponsabilidad necesarias* para que el pueblo creyente participe activamente en la formulación de la fe y de la moral y en la toma de decisiones a todos los niveles. Es evidente que, en el actual sistema organizativo de la Iglesia, esto es sencillamente impensable e imposible. De ahí, la necesidad (sin duda urgente) de un nuevo concilio ecuménico que afronte en profundidad estos problemas, en orden a una reforma de la Iglesia que pueda ponerla en sintonía, no solo con la sociedad y la cultura de nuestro tiempo, sino sobre todo con el mensaje de Jesucristo.